

la contienda entre whigs y tories sobre el arreglo de la sucesión en Inglaterra, pues que con la muerte de aquella princesa, que no dejaba hijos, quedaba el trono vacante á la muerte de su esposo. A esta agitación agregóse otra de causa mas inmediata, que fué la relativa á la crisis monetaria que desde muchos decenios esperaba una resolución; pero llegaron las buenas nuevas del continente y crearon el entusiasmo consiguiente, de modo que las nuevas elecciones para la cámara de los comunes del año 1695 dieron una gran mayoría de diputados whigs moderados, amigos del rey. Con todo, faltaban recursos suficientes para continuar la guerra con la energía necesaria, porque la crisis monetaria era grandísima, y oprimía el espíritu público por lo mismo que se dejaba sentir en todas las relaciones sociales. Alguna que otra vez se veía en gran compromiso el gobierno para pagar su ejército en el continente, y Guillermo creía ya observar indicios de indisciplina. En toda la nación se sentía un vivísimo deseo de poder hacer la paz para obtener tranquilidad, no ver la marina mercante expuesta á los ataques de los corsarios franceses y poder disminuir los enormes gastos que causaba el aparato militar terrestre y marítimo.

Por fortuna de los aliados hallábase la Francia en un estado todavía peor. Ya no encontraban compradores los empleos de nueva creación ni aumentaban los ingresos los nuevos tributos, y era patente que la fuerza tributaria de la nación estaba apurada. En tal estado Luis XIV, el monarca tan aristocrático, tan despreciador de la canalla villana, es decir, de toda persona que no era noble, apeló á un recurso que por cierto debió de costarle mucho, es decir, la venta pública de 500 ejecutorias de nobleza al precio de 10,000 libras (60,000 pesetas) en moneda de ley cada una. Pero aun este paso, por demás humillante y doloroso para el rey y la orgullosa casta noble, no dió el resultado apetecido; el público encontró el precio demasiado elevado y el rey tuvo que hacer una rebaja contentándose con 6,000 libras por diploma. ¡Por tres millones miserables de libras, ó 15 millones de pesetas en nuestra moneda prostituyó todas las tradiciones de su gobierno y de su reinado! ¡Cálculense cuál debía de ser la penuria del gran rey Sol!

Pasó este año sin que ninguna de las dos partes beligerantes hiciese cosa notable. El emperador tenía toda su atención fija en las cosas de Oriente, donde la guerra con los turcos se presentaba muy favorable otra vez á la casa de Austria; y las demás potencias estaban exhaustas.

Luis XIV logró por fin enmendar la falta que había cometido al principio de la guerra, separando al duque de Saboya de la coalición, pero con el consabido sacrificio, restituyéndole Pignerol. Mucho le costó pasar por esta humillación, tanto mayor, cuanto mas pequeño era el adversario á quien tenía que entregar esta «llave de Italia;» pero le convenia tener las manos libres en aquella parte y no verse obligado á conservar allí un ejército; y luego esperaba dar con la deserción del duque de Saboya el primer empuje á la descomposición de la alianza enemiga. Por eso firmó en mayo de 1696 el convenio con el duque Víctor Amadeo. En él se reconoció vencido, porque además de la entrega de Pignerol renunció al protectorado de la Francia sobre la Saboya que databa del tiempo de Richelieu, así como á sus pretensiones de exterminio de los valdenses, y finalmente estipuló el casamiento de la hija de Víctor Amadeo con su nieto, el duque de Borgoña, hijo mayor del delfín. Beneficios tan brillantes eran irresistibles.

Los aliados se indignaron al saber la traición del duque, al cual resultaba que habían socorrido tan superabundantemente con dinero y tropas solo para que pudiese arrojar el yugo francés. Lo peor fué que con su deserción tuvieron que

renunciar á la campaña de Italia, y celebrar en octubre de 1696 con el rey de Francia en Vigevano un tratado de neutralidad respecto de la península. Con este acto podía haberse considerado la guerra como concluida; pero aunque en todos los países interesados era poco menos que irresistible el deseo universal de paz, no quiso ser ninguna potencia la primera en solicitarla. Guillermo III contestó al parlamento que el mejor medio de lograr la paz, era obligar al enemigo á ella con las armas en la mano. Luis XIV procuró hacer dinero creando «Inspectores de certificados de matrimonio,» é imponiendo una pesada contribución sobre el uso de escudo de armas; y como ya no necesitaba mantener tropas en el Delfinado, aumentó el ejército de Flandes para el año de 1697 á un número mucho mayor que el de los aliados. Estos últimos por su parte lograron que la Dinamarca entrara en la coalición; pero ya no se trataba tanto de operaciones militares, como de diplomáticas para llegar á la paz, cuyas negociaciones se había ofrecido á entablar la Suecia desde algun tiempo antes.

La crisis monetaria tomó en Inglaterra proporciones verdaderamente amenazadoras. Las monedas viejas de baja ley se habían declarado fuera de curso y no podían sustituirse por un número suficiente de nuevas, de suerte que el Banco no podía cambiar sus billetes; las personas mas ricas tenían que dar á sus acreedores pagarés, y el gobierno se veía obligado á hacer sus pagos en bonos del tesoro. Esto produjo la confusión consiguiente y una aparente inseguridad con los disgustos inseparables y la excitación en la masa del pueblo á causa de la incertidumbre del porvenir, aun el mas inmediato. Solo la paz, decían todos, puede devolvernos la confianza, el crédito y la esperanza de tiempos mas felices.

El gobierno, es decir, la diputación general de Holanda siempre había deseado desentenderse de la guerra, y solo había continuado tomando parte en ella por la autoridad que ejercía el príncipe de Orange y por respeto al pueblo holandés adicto á este príncipe; pero á la sazón estos dos factores se inclinaban también á la paz, porque los gastos enormes de la guerra sufragados en su mayor parte con oro holandés en forma de subsidios á favor de España, del emperador y de los potentados siempre pobres del imperio, pesaban como losa de plomo sobre la pequeña república. En ella las contribuciones llegaban á la tercera parte de la riqueza imponible; la deuda nacional era monstruosa, y con todo nadie veía una utilidad directa para Holanda en la continuación de la guerra, que solo podía aprovechar al emperador y á la España; y ¿no era una imprudencia peligrosa querer aumentar su poder? Los achaques cada dia mayores del rey de España, que no tenía sucesores inmediatos, hacían prever su próxima muerte y la agregación de toda la vastísima monarquía española al imperio de los Habsburgos de Austria, con lo cual crecería el poder de estos soberanos hasta un punto que no podía menos de dar qué pensar, pues que pondría en manos de la familia imperial un poder é influjo iguales por lo menos á los de Francia. En vista de esto se comprende que tanto la Inglaterra como la Holanda sintieran muy pocos deseos de seguir peleando en favor de aquellas potencias destinadas á formar muy pronto una sola. El mismo Guillermo III se mostraba dispuesto á rebajar un tanto su programa antiguo, á saber: el restablecimiento de los tratados de paz de Westfalia y de los Pirineos.

Finalmente ofreció también la Francia condiciones favorables, consistentes en la restitución de todas las anexiones realizadas desde la paz de Nimega, inclusa la de Estrasburgo y de Luxemburgo y el restablecimiento del ducado de Lorena. Esta proposición venia á decir tácitamente que la Francia se quedaría con el Franco-Condado y cierto número

de fortalezas de la Bélgica meridional, pero Guillermo III opinó con razón que atendida la impotencia lamentable de España era prudente no hacer hincapié en esta cuestión. Lo que mas le convenia era que la Francia reconociese la sucesión protestante en el trono de Inglaterra, y Luis XIV dejó entrever efectivamente su conformidad, reservándose hacer la declaración definitiva cuando la paz estuviera asegurada.

Tanto la España como el emperador de Austria estaban como era de esperar, muy distantes de conformarse con los preliminares ofrecidos por el gobierno de París; la primera por su odio á la Francia en general, y por el deseo de recobrar todas las plazas que fuera posible de las que había perdido en los Países Bajos, y el segundo porque deseaba ver tan humillada y vencida á la Francia, que quedara del todo impotente para disputar á la rama alemana de Habsburgo la herencia española; pero Guillermo de Orange declaró que las potencias marítimas estaban resueltas en caso necesario á hacer la paz por sí solas con Francia, y entonces España y el emperador se avinieron á tomar parte en el congreso, que se abrió en 9 de mayo de 1697 en la aldea de Ryswyk, situada entre el Haya y Delft (1).

Pronto se vió que la paz no era tan fácil como se había esperado. El emperador pidió la restitución de todos los territorios del imperio alemán que los franceses se habían apropiado ilegalmente desde la paz de Munster; exigencia que no tenía probabilidad de éxito, atendido el triste papel que el imperio, principalmente por culpa del emperador, había desempeñado en esta guerra.

Los alemanes no podían alegar en su favor que sus tropas hubieran sido las que mas habían pesado en la balanza en las campañas contra las fuerzas de Luis XIV en el Piamonte, en el Alto Rin y en los Países Bajos españoles, porque si allí pelearon alemanes, lo hicieron en su mayor parte como tropas mercenarias á sueldo de las potencias marítimas, y natural era que estas pretendiesen resarcirse de las sumas con que habían comprado ó alquilado la sangre alemana. Para Guillermo ninguna importancia merecían las reclamaciones del emperador; lo que le interesaba era que el partido jacobita de Inglaterra no recibiese en adelante ningun auxilio del gobierno francés; por esto pidió que Luis XIV declarara que no daría ya apoyo ni socorro directos ni indirectos al ex-rey Jacobo II. Sobre este punto se discutió largo tiempo, porque Luis XIV no quería nombrar á Jacobo por no ofender personalmente á su infeliz aliado; y así se convino finalmente en redactar esta parte del tratado diciendo: «El rey de Francia promete no auxiliar á ningun enemigo de Guillermo III sin excepcion.» En cambio renunció Guillermo á su pretensión de que volvieran los hugonotes á su patria; y zanjada así la cuestión quedaron acordes estas dos potencias principales.

No puede negarse que de parte de Guillermo hubo en esta conducta una fuerte dosis de ingratitud, y que procedió como holandés puro, egoísta é ingrato; porque si pudo rechazar á los franceses del Bajo Rin en 1688 lo debió exclusivamente á los 30,000 brandeburgueses que su elector facilitó, el cual fué recompensado por tan importante servicio con el vano tratamiento de «alteza electoral» en cambio de «serenidad electoral» que hasta entonces se había usado con él.

Sobre la base de las condiciones antes mencionadas, á las cuales, en flagrante oposición al sistema de Colbert, se añadieron en favor de los holandeses grandes ventajas de comercio, la Inglaterra y la Holanda se pusieron de acuerdo

(1) Véase sobre este congreso la obra de *Neuhans, La paz de Ryswyk*. Freiburg 1873.

con Francia antes de concluir el mes de julio. Luis XIV declaró que se atendería á ellas hasta fin de agosto siguiente, reservándose su libertad de acción si en aquella fecha no había quedado firmada la paz. Como cabalmente entonces experimentaron los españoles derrotas sensibles que les causaron los franceses, se resignaron también y aceptaron las proposiciones. El emperador y el imperio eran los que no querían conformarse con ellas, y por cierto sin razón, porque otro hubiera sido el estado de las cosas si Leopoldo I hubiese podido arrojar en la balanza un ejército de 100,000 á 120,000 hombres en lugar de los 50,000 que dió entre suyos y de los contingentes de los demás potentados alemanes. Tanta terquedad tan fuera de lugar sirvió solo á Luis XIV para declarar, pasado el mes de agosto, que se consideraba libre de todo compromiso y para ofrecer despues, en cambio de la importantísima plaza de Estrasburgo, las dos pequeñas ciudades austriacas de Breisach y de Friburgo que la Francia poseía por conquista, sancionada y legalizada en tratados anteriores.

Esta proposición indignó tanto á Guillermo, que por un momento resolvió continuar la guerra; pero el pueblo inglés y las ciudades de Holanda interpusieron su veto, y se hizo la paz que firmó también el emperador á instancias de Guillermo en 31 de octubre de 1697. Parar dorar la pildora al piadoso Leopoldo I había añadido Luis XIV la famosa cláusula llamada «de Ryswyk» que exigía expresamente que continuara en todo su vigor el régimen favorable á la religión católica y á sus adeptos, establecido en todas las comarcas que había que restituir al imperio. Levantáronse contra esta cláusula las potencias alemanas protestantes, lo mismo que la Inglaterra y la Holanda; pero fué en vano; el emperador y los católicos se mostraron contentísimos y ufanos de este golpe, y así fué admitida la cláusula en el tratado.

Como puede suponerse, no respondió esta paz de Ryswyk á las esperanzas que se habían alimentado, sobre todo en Alemania y España, al tomar parte en la coalición; porque no obligaba la paz á Luis XIV, como se había anunciado antes con gran ruido, á restituir todas sus conquistas, reduciéndole otra vez á los territorios fijados en los grandes tratados de paz celebrados en tiempo de Mazarino; pero no puede negarse que la culpa de esta decepción la tuvo, mucho mas que el egoísta Guillermo de Orange, el mismo emperador, que á despecho de todas las amonestaciones apremiantes de sus aliados, había preferido hacer conquistas en Levante que relativamente le salían baratas y redundaban en beneficio exclusivo de su familia, á emplear todas sus fuerzas y recursos en la lucha comun, grandiosa y decisiva por la independencia y la justicia, en la cual se había unido toda la Europa contra la Francia. ¡Cuán diferentes habrían sido los sucesos si 50,000 soldados imperiales, aguerridos y capitaneados por los jefes mas peritos, hubiesen reforzado los contingentes del imperio y recuperado sin gran trabajo la Alsacia! No solo no había querido hacer esto el emperador, sino que hasta tomó en el congreso de la paz una actitud tan torpe como egoísta, sin curarse lo mas pequeño del interés de los otros magnates alemanes. A todas estas torpezas debió la Francia, bien considerado todo, haber salido materialmente poco perjudicada de la paz de Ryswyk; pero aquel tratado no por eso deja de señalar en la historia el punto crítico en que se estrelló la pretensión ambiciosa de Luis XIV de fundar una monarquía universal, por mas que la paz tal como se hizo no contentara á nadie. Siguió la Francia despues ocupando el primer puesto si se quiere en Europa, ó cuando menos uno de los puestos mas distinguidos, pero había concluido para ella la posibilidad de imponer su voluntad á los demás. La vuelta á la posición en que la paz de Nimega había dejado á la Francia



era todavía muy ventajosa; pero por lo menos restituía lo que había robado en plena paz, y esto probaba que en Europa prevealecía otra vez la justicia sobre el capricho del rey «Sol.» La Francia perdía todos los puestos avanzados donde reinaba tan absolutamente como en sus propias provincias, á saber: el ducado de Lorena, que se restablecía; los pasos de los Alpes que le quedaban cerrados, al mismo tiempo que se robustecía la Saboya; y el principado electoral de Colonia de donde fué arrojado el partido francés. Otra ventaja consistía en que la alianza estrecha entre potencias católicas y protestantes contra Luis XIV había borrado en parte el antagonismo político-religioso entre los pueblos y gobiernos coligados.



Luis XIV sexagenario

Sin embargo, cuando se hizo esta paz de Ryswyk tan importante bajo todos estos puntos de vista y como síntoma de un cambio en la importancia y posición internacional de las potencias europeas, nadie la consideró definitiva, sino solo como una tregua, como una calma que precedía á la tempestad terrible que inevitablemente había de suscitar la cuestión de la sucesión de España. El mismo Guillermo III expresó esta idea momentos después de hacerse la paz en una carta dirigida al Gran pensionario de Holanda Heinsius.

En Francia no era menor el descontento que en Alemania é Inglaterra. Acostumbrados como estaban los franceses á ver ensanchadas sus fronteras á cada tratado de paz que se hacía, miraron la de Ryswyk como una derrota evidente. Era general el sentimiento que causaba la devolución de las fortalezas, francesas ya, de Luxemburgo, Friburgo, Casale y Pignerol; pero el golpe que pareció más fatal para el reino y la religión fué que la Inglaterra se había vuelto definitiva-

mente país protestante y anti francés. Contra semejante pérdida nada podían los esfuerzos que hacían los serviles cortesanos para representar la paz de Ryswyk como producto de la magnánima moderación de Luis XIV y de su entrañable amor á sus súbditos. Vanos fueron también los esfuerzos del mismo rey para pintar con halagüeños colores el suceso en un manifiesto que dirigió á la nación. Los franceses no se dejaron convencer; siguieron lamentándose de la ruina de los Estuardos y consideraron como una afrenta la restitución de conquistas que habían costado ríos de oro y de sangre.

Para la Francia tampoco fué puramente exterior el cambio que produjo este tratado. En el interior se realizó una reacción completa contra el régimen que Luis XIV había seguido tenazmente desde su juventud y en el colmo de su fortuna; no porque hubiese experimentado disminución su poder absoluto, sino porque él mismo cambió, al ver dibujarse en todo el ámbito del país nuevos elementos y fuerzas cuyo rugido lejano y sordo se oía ya; elementos y fuerzas que dejaban entrever un porvenir tempestuoso, y que reclamaban concesiones que Luis XIV tuvo la prudencia de hacer.

## CAPITULO IV

## EL RETROCESO DEL GRAN REY

Al concluir la segunda guerra de coalición era Luis XIV sexagenario. Su constitución sana y robusta empezaba á pagar el acostumbrado tributo á la vejez. Durante todo el año 1686 le había hecho padecer muchísimo una fístula en la espalda, y no tuvo más remedio que resolverse á la operación que supo sufrir con una calma y fortaleza que honraba su fuerza de voluntad tanto ó más que el perfecto disimulo con que había sobrellevado el mal durante tantos meses. Salió bien la operación, pero jamás recobró su antiguo vigor. Le acometieron calenturas frecuentes y ataques de gota, aunque pasajeros y poco crueles, contra los cuales empleaba el ejercicio de la caza, á lo menos un par de horas por día. Las personas que le conocían bien, y que, sin embargo, ignoraban que tuviera la mencionada fístula, observaron desde luego el cambio que se realizaba en el carácter del rey, el cual redujo las fiestas y diversiones acostumbradas; abandonó por completo los excesos y se dedicó con más fervor y frecuencia á ejercicios espirituales. Era que aquel mal que le había llevado positivamente al borde del sepulcro, con su séquito de males menores, había despertado más que nunca en su ánimo el miedo á la muerte y al juicio eterno, miedo que por lo demás nunca le había dejado del todo. Fomentaba esta disposición de espíritu su esposa, la Maintenon, que con sus maneras insinuantes tan hábiles, y su propia devoción, se había hecho dueño de la voluntad del monarca, el cual pasaba en su compañía cada día muchas horas y á veces hasta celebraba en su aposento el consejo de ministros. Estos, sobre todo desde la muerte de Louvois, participaban puntualmente á la Maintenon todo cuanto ocurría, y además ella tenía su correspondencia secreta y muy vasta con agentes en todas las partes del reino, á fin de saber cuanto aconteciera, así como las maquinaciones secretas de sus contrarios, y para alejar del rey todo peligro y disgusto. El rey por su parte tenía también sus espías que observaban y vigilaban á sus ministros, generales y cortesanos. No tardó la Maintenon en comunicar á toda la corte un aire de reserva, de economía, de devoción, pretextando siempre el estado afflictivo de la Hacienda y el cuidado que reclamaba la salud del rey, cuyo médico hacía todo lo que ella mandaba. Lo que pudiera haber gastado en adornos y fiestas lo empleó en la fundación de un establecimiento, llamado de

Saint Cyr, en el cual mantenía 400 hijas de familias nobles y pobres, y donde ella misma pensaba encontrar un asilo digno para el caso de que cayera en desgracia ó quedara viuda. También protegió á su familia, pero con el delicado tacto que mostraba en todo, sin caer en ningún extremo. La llamó á la corte y dió á todos sus parientes una posición decente para no parecer ni orgullosa, ni ingrata, ni que otros pudiesen acusarla de enriquecerlos á costa del Estado ó de la corona. Con su comportamiento piadoso y caritativo, logró también que el rey la encargara de la distribución de los

donativos, mercedes y limosnas que antes solía hacer por sí mismo.

Juntamente con ella influía en el ánimo del rey el padre Francisco d'Aix de la Chaise, su confesor. Pertenecía el P. La Chaise á la Compañía de Jesús y era persona de carácter melifluido é insinuante que para todos tenía una palabra agradable. Por lo demás, era hijo de buena familia, instruídísimo, como que antes de confesor del rey había sido cate-drático de física y de humanidades en Lyon, benévolo, desinteresado y de ningún modo vengativo pero en consonan-



Luis, el Príncipe heredero; ó Delfín

Copia del grabado de P. Van Schuppen 1684; sacado del cuadro original de Francisco de Troy

cia con el espíritu de su órden era ultramontano, y aunque no lo hubiese sido, habría tenido que obedecer los mandatos de sus superiores en Roma. Estos no pudieron quejarse de él, porque prestó en efecto importantes servicios al ultramontanismo. Estaba encargado de repartir todos los beneficios eclesiásticos del reino; de modo que le rodeaba una verdadera corte de obispos, curas y otras personas eclesiásticas que solicitaban ascensos; y como las familias nobles, hasta las más distinguidas, tenían miembros suyos en la Iglesia, á quienes naturalmente trataban de ascender en su carrera, formaban también coro con el clero en su alabanza. El padre confesor vivía en una hermosa y elegante quinta rodeada de un magnífico jardín en un terreno que le había regalado el rey, situado en una eminencia al Noroeste y próximo á Paris, donde ahora duermen el sueño de la muerte en cientos de miles de sepulcros tantas generaciones de la capital. Aquel terreno forma ahora el célebre cementerio del Padre la Chaise.

¡Qué contraste entre esta corte del anciano Luis XIV, con sus beatas, confesores, obispos y espías que la dominaban,

y aquella que llenaba los jardines, alamedas y antecorredores de Versalles y Marly en el brillante apogeo de su reinado! En lugar de aquellas funciones fastuosas, de las fiestas alegres, de la multitud deslumbradora de elegantes caballeros y hermosas y frívolas damas, llevaba todo á la sazón el barniz de la virtud, reinaba en todas partes el tedio del convento con sus ejercicios espirituales, penitencias y aire arrepentido. Los cortesanos jóvenes se desquitaban de esta opresión celebrando en Paris orgías indescriptibles, donde hacían gala de su incredulidad con mofas de libres pensadores. El éxito fatal de la última guerra contribuyó, como es de pensar, á dar más impulso á la tendencia devota del monarca y de las personas que le rodeaban. Antes habría considerado y castigado Luis XIV como un crimen de lesa majestad, el querer apartarle de un galanteo, ó arrancar de sus garras una infeliz próxima á ser sacrificada á su lascivia; pero ya se entregaba á ejercicios de penitencia. Iba decididamente retrocediendo; ya no era aquel rey Sol de antes que lo dominaba, absorbía y doraba todo. El único placer material que continuaba disfrutando era el de la mesa, al cual se entregaba con pasión y que en